

Cuando, a finales de los años setenta, el profesor Frank Kermode, estudioso y crítico, me pidió que colaborara con un artículo en su serie *Modern Masters*, le sugerí el nombre de Joseph Needham. Como no soy biólogo ni sinólogo, ni tengo formación en química ni en estudios orientales, mi falta de cualificación y lo inoportuno de mi propuesta eran patentes. Pero yo llevaba mucho tiempo hechizado por la titánica empresa de Needham y por su caleidoscópica personalidad. ¿Había existido un espíritu y un propósito más eruditos y completos desde Leibniz? Lo que yo pretendía llevar a cabo era una aproximación –posiblemente irresponsable– al hombre y a sus obras.

Como miembro reciente del equipo editorial de *The Economist* en Londres, se me había encargado cubrir un encuentro público en el cavernoso ayuntamiento de St. Pancras. El encuentro era en protesta contra la intervención angloamericana en la guerra de Corea. El lugar estaba atestado. El presidente, un famoso publicista de izquierdas y compañero de viaje, presentó a Joseph Needham. La figura canosa y un tanto leonina se puso en pie. Se identificó como titular de la cátedra William Dunn de Bioquímica de la Universidad de Cambridge y como un observador directo de la situación en China y en Corea del Norte. Insistió en su compromiso, virtualmente sacrosanto, con la evidencia empírica y experimental, en su calidad

de científico de alto rango internacional. Después pasó a presentar al público un proyectil vacío. Aseguró que aquel siniestro objeto ofrecía una prueba irrecusable de que la artillería americana estaba recurriendo a la guerra química. Needham y los epidemiólogos chinos habían comprobado y vuelto a comprobar los hechos. A continuación, el presidente de la asamblea propuso que se autorizara el envío de un telegrama de ardiente repulsa al presidente Truman. Pero también pidió a cualquiera de los presentes que no diera crédito a los hallazgos del doctor Needham que tomara la palabra y expresara su desacuerdo. El mensaje a la Casa Blanca, en ese caso, no sería unánime.

No había amenaza física alguna, como la habría habido, por ejemplo, en una reunión fascista. La oferta del presidente era juego limpio británico del bueno. Yo estaba convencido de que Needham se engañaba o mentía con fines propagandísticos. Pero permanecí sentado, mudo e inmóvil. No por miedo, sino a causa de la presión física que me producía el sentirme cohibido, paralizado por la idea de hacer el ridículo. Así, la protesta «unánime» fue enviada y comunicada a la prensa. Abandoné la asamblea extremadamente indignado y deprimido. Por mi falta de valor y coraje (la palabra alemana es *Zivilcourage*). Este episodio, acontecido hace más de medio siglo, no sólo ha continuado abrumándome, sino que ha orientado la totalidad de mi actitud hacia quienes se achican bajo el chantaje totalitario, ya sea nacionalsocialista, estalinista o maccartista. Ya sea el del vándalo anarquista, el del maoísta o el del fascista. A partir de aquella tarde supe de mi gran inclinación hacia la abyección.

Kermode sondeó a Needham en relación con mi (desvergonzado) proyecto. Para mi sorpresa, Needham respondió con una convocatoria inmediata. Fui a verlo a su despacho de director del Caius College. La estancia se hallaba imponentemente abarrotada de libros, separatas, galeradas esperando corrección y una serie de *bibelots* chinos. Si la memoria no me traiciona, en un rincón estaban colgadas su toga académica de

director y la sobrepelliz que se ponía para oficiar y predicar en una congregación no conformista fuera de Cambridge (misión que sólo su círculo más íntimo conocía y que estaba impulsada por un ecumenismo enormemente complejo y personal). Lo que me chocó al momento fue la visible excitación de Needham ante la perspectiva de figurar en la selección de *Modern Masters*. Sus «viejos ojos chispeantes» eran en efecto «jubilosos» como los de los sabios orientales celebrados por Yeats. Su regocijo iluminaba la habitación. Intenté detallar mi incompetencia, disculparme por mi intrusión de aficionado en su órbita, concisa pero también arcana. Needham hizo caso omiso. Me ayudaría a hacer mi retrato y le daría forma. Se prestaría a largas entrevistas. Empezaríamos con el proyecto casi de inmediato.

Luego le pregunté por su testimonio sobre la guerra química, sobre las armas bacteriológicas norteamericanas y su uso en Corea. Pensaba que no podría acometer una introducción a sus obras, por deficiente que fuera, sin saber si él creía haber dicho la verdad cuando hizo esta acusación, si persistía en su pretensión de objetividad científica. La temperatura de la habitación cayó en picado. La irritación y el enojo de Joseph Needham fueron manifiestos. Aún más lo fue la mendacidad que había en aquel enojo. No contestó con franqueza. Se dice que quienes tienen el oído entrenado pueden detectar una grieta diminuta en una copa de cristal cuando pasan los dedos por el borde. Yo oí esa grieta, inequívocamente, en la voz de Needham. La percibí en su postura. A partir de aquel momento no podía haber ninguna perspectiva realista de confianza recíproca. No volvimos a vernos.

Nunca escribí aquel librito. Pero el deseo de hacerlo no me ha abandonado.

Hasta donde yo sé, no existe ninguna bibliografía definitiva de la *opera omnia* de Needham. El catálogo de conferencias, artículos, monografías y libros sobrepasa con mucho los trescientos. Su variedad es pasmosa. Comprende publicacio-

nes técnicas sobre bioquímica, sobre biología y morfología comparativa, sobre cristalografía; es uno de los miembros más destacados de la Royal Society. Hay estudios voluminosos, tanto monográficos como resumidos, sobre la historia de las ciencias naturales, teóricas y aplicadas, sobre instrumentos y tecnología desde la Antigüedad hasta hoy. Como Bernal, cuyo ámbito de actuación era en algunos aspectos comparable, Needham escribió de forma apremiante sobre el lugar de las ciencias en la sociedad, sobre los peligros que plantean el progreso científico incontrolado y su explotación para fines ideológicos y financieros. La voz del vigilante, del predicador, se ha dejado oír con fuerza.

En especial, Needham argumentó a favor de fomentar las relaciones intelectuales y políticas entre el Este y el Oeste. Recalcó la imperativa necesidad de una «comunidad mundial de cooperación que incluya a todos los pueblos como las aguas llenan el mar». En numerosos textos expuso la historia y la esencia de la filosofía de la ciencia, y dedicó especial atención a los modelos darwinianos de la evolución, por una parte, y hacia las escuelas del «vitalismo», por otra. Le fascinaban las posibles analogías entre la termodinámica y la química de los organismos vivos. No menos que Coleridge, una sensibilidad afín a la suya, Needham desafió toda disociación dogmática entre lo orgánico y lo inorgánico. Daba la impresión de percibir la realidad como un todo animado que entreteje materia y espíritu. (¿Qué tiene Cambridge, un asentamiento frecuentemente gris y anegado de agua en las planicies de East Anglia, para haber inspirado visiones panópticas siglo tras siglo?) Una y otra vez, Needham vuelve a los conflictos, polémicos pero profundamente creativos, entre ciencia y religión. Examina esta dialéctica a la luz de los ideales socialistas y comunitarios. El islam, todas las ramas del budismo, el cristianismo y la historia de la duda, del secularismo positivo, salen a relucir en el debate. Se reimprime un artículo rigurosamente argumentado sobre «Las limitaciones de las lentes ópticas» junto con una meditación sobre «Aspectos del espíritu mundial en el tiempo y en el

espacio» y sobre «El hombre y su situación» (de nuevo la influencia coleridgiana). Con pseudónimo y sin ser identificado por la mayoría de sus colegas, Needham ha publicado novelas históricas que ponen en escena la suerte y las doctrinas de diversas sectas radicales en la época de Cromwell. Pero incluso este inventario, este *omnium gatherum*, por usar la expresión macarrónica de Coleridge, palidece cuando se compara con la tarea monumental sobre *Science and Civilization in China*, una empresa cuyos orígenes se remontan a 1937 y que ha tenido continuación tras la muerte de Joseph Needham en marzo de 1995.

Sin embargo, ninguna bibliografía puede dar idea de la densidad de las percepciones de Needham. La poesía, ya sea la de Tessimond o la de Blake, la de Day Lewis o la de Goethe, la de los himnos latinos o la de Auden, junto con la de los cantores o los sabios de Oriente, está presente por doquier. La psicología de la experiencia religiosa es ilustrada por santa Teresa y por Julián de Norwich, pero también por Bunyan y por William James. Needham es un virtuoso de la cita. Una cita del «destello de intuición» de Thomas Browne corona un análisis de Schrödinger y Max Planck sobre el metabolismo y la irreversibilidad. Hay en Needham una poética del tecnicismo difícil de definir. Said Husain Nadr, historiador de la ciencia islámica, es emparejado con Santillana en referencia a esa «desacralización de la Naturaleza» que caracteriza la modernidad, que ha dominado en Occidente desde Galileo. C. S. Lewis —que escribió sobre «la abolición del hombre»—, «un habitante cristiano de lo que queda de cristianismo», aparece al lado del humanismo pedagógico del maestro Kung.

La presencia de Marx, de los análisis marxistas y de la dialéctica de la naturaleza de Engels, es omnipresente. Junto con Haldane, Blackett y Bernal, Needham perteneció a una constelación de eminentes científicos británicos de convicciones marxistas, incluso en ocasiones estalinistas. La depresión económica en el orden capitalista, la flagrante injusticia social, el empuje del fascismo y el nazismo en Europa, la victoria de